

mío, ya verás las comedias que van á representar aquí los Minoret, los Cremiere y los Massin. Tú, sí, tú sólo deseas endulzar y prolongar mi vida; pero ellos no piensan más que en mi muerte.

—Dios nos prohíbe odiar; pero si eso fuese cierto... ¡Oh! ¡cuánto los despreciaría!

—¡La mesa está puesta! gritó la Bougival desde la puerta del jardín.

Úrsula y su tutor estaban á los postres en el bonito comedor decorado de pinturas chinescas, ruina de los Levrault-Levrault, según el pueblo de Nemours, cuando se presentó el juez de paz. El doctor le ofreció una taza de café Moka mezclado con café Bourbon y Martinica, tostado, molido y hecho por él mismo en una cafetera de plata sistema Chaptal.

—Ya se lo decía yo á usted, dijo Bongrand quitándose los lentes y mirando al anciano con aire socarrón. La villa está asombrada, y su aparición en la iglesia ha revolucionado á sus parientes, los cuales creen que va á dejar su fortuna á los curas y á los pobres. Yo he presenciado su primera sedición en la plaza, y estaban tan apurados como hormigas que ven destruido su nido.

—¡Qué te decía yo, Úrsula! exclamó el anciano. Hija mía, á riesgo de apenarte, debo enseñarte á conocer el mundo y á ponerte en guardia contra inmerecidas enemistades.

—Quisiera decirle á usted dos palabras acerca de este punto, repuso Bongrand aprovechando esta ocasión para hablar á su anciano amigo del porvenir de Úrsula.

El doctor se puso un gorro de terciopelo, y el

juez de paz el sombrero, á fin de preservarse de la humedad, y fueron á pasearse á lo largo del jardín discutiendo los medios de asegurar á Úrsula lo que su padrino quisiera darle. El juez de paz conocía la opinión de Dionis acerca de la invalidez de un testamento hecho por el doctor en favor de Úrsula, pues Nemours se preocupaba demasiado de la herencia de Minoret para que ésta no hubiese sido objeto de conversación entre los jurisconsultos de la villa. Bongrand había convenido en que Úrsula Mirouet era una extraña para el doctor Minoret; pero comprendía bien que el espíritu de la legislación rechazaba de la familia las superfetaciones ilegítimas. Los redactores del Código no habían previsto más que la debilidad de los padres y de las madres por los hijos naturales, sin imaginarse que tíos ó tías sintiesen cariño por el hijo natural en favor de su descendencia. Evidentemente había en esto una laguna en la ley.

—En cualquiera otro país, dijo el juez al doctor exponiéndole el estado de la jurisprudencia que Goupik, Dionis y Desiderio acababan de explicar á los herederos, Úrsula no tendría nada que temer, pues es hija legítima, y la incapacidad de su padre no debía surtir efectos más que con relación á la herencia de Valentín Mirouet, el suegro de usted. Pero desgraciadamente, en Francia la magistratura se compone de gente avispada y consecuente, y procura inspirarse en el espíritu de la ley. En este caso los abogados demostrarían que la laguna del Código proviene de la buena fe de los legisladores que no han previsto el caso, pero no por eso dejarán de es-

tablecer el principio. El pleito será largo y costoso. Con Celia se llegará hasta el tribunal de casación, y yo, por otra parte, no estoy seguro de vivir cuando ese pleito tenga lugar.

—El mejor pleito es malo, exclamó el doctor. Ya veo yo memorias sobre este tema: *¿Hasta qué grado debe alcanzar la incapacidad que afecta, en materia de herencias, á los hijos naturales?* Y la gloria de un buen abogado consiste en ganar un mal pleito.

—A fe, dijo Bongrand, que no me atrevería yo á afirmar que los magistrados dejasen de interpretar el espíritu de la ley en el sentido de extender la protección concedida al matrimonio, base eterna de las sociedades.

Sin decir nada acerca de sus intenciones, el anciano rechazó el procedimiento del fideicomiso, y respecto al matrimonio que Bongrand le propuso para asegurar su fortuna á Úrsula, dijo:

—¡Pobrecilla! vaya una suerte que le esperaba si yo llegase á vivir aún quince años.

—Bueno, y ¿qué piensa usted hacer? dijo Bongrand.

—Ya veremos, respondió el anciano doctor, que evidentemente no quería responder.

En este momento, Úrsula fué á decir á los dos amigos que Dionis quería hablar con el doctor.

—¡Ya está aquí Dionis! exclamó el doctor mirando al juez de paz. Sí, dile que entre, le respondió á Úrsula.

—Apostaría la cabeza á que es el escudo de los herederos de usted: hoy han almorzado todos en la posta con Dionis, y algo han maquinado allí.

El notario, conducido por Úrsula, llegó hasta el jardín, y después de algunos saludos y frases insignificantes, obtuvo un momento de audiencia con el doctor, durante el cual Úrsula y Bongrand se retiraron al salón.

—Ya veremos, lo pensaré, se decía para sus adentros Bongrand, repitiendo las palabras del doctor. Así dicen todos los hombres de talento, y después ocurre que les sorprende la muerte, dejando en los mayores apuros á los seres que más querían.

La desconfianza que los hombres de talento inspiran á los hombres de negocios es notable. Pero esta desconfianza es, sin duda, un elogio. Viéndoles ocupar la cima de las cosas humanas, las gentes de negocios no creen capaces á los hombres eminentes de descender á la infinita pequeñez de los detalles que, lo mismo que los intereses en hacienda y los seres microscópicos en ciencia natural, acaban por igualar los capitales y por formar mundos. ¡Error! El hombre de corazón y el de genio lo ven todo. Bongrand, picado por el silencio que el doctor había guardado, pero movido sin duda por el interés que le inspiraba Úrsula, resolvió defenderla de los herederos. El juez estaba desesperado porque no sabía nada acerca de la entrevista del anciano con Dionis.

—Por pura que sea Úrsula, pensó el señor Bongrand examinándola con atención, existen materias acerca de las cuales las jóvenes acostumbra á formar por sí solas jurisprudencia y moral... ¡Probemos! Los Minoret-Levrault, dijo el juez á Úrsula sujetándose los lentes, son ca-

paces de pedirla á usted en matrimonio para su hijo.

La pobre niña palideció: estaba demasiado bien educada y tenía sobrada delicadeza para ir á escuchar lo que decían Dionis y su tío; pero después de una corta deliberación íntima, creyó que podría mostrarse, pensando que si estorbaba ya se lo advertiría su padrino. El pabellón chino en que estaba situado el despacho del doctor tenía abiertas las persianas de la puerta vidriera. Úrsula inventó ir á cerrarlas en persona, y pidió permiso al juez de paz para dejarle solo en el salón, el cual le dijo sonriendo:

—¡Oh! vaya usted, vaya usted, está dispensada.

Úrsula llegó á los peldaños de la escalinata por donde se bajaba del pabellón chino al jardín, permaneció allí algunos minutos, cerrando las persianas con lentitud y contemplando el cielo; y de este modo pudo oír esta respuesta dada por el doctor, que iba ya hacia al salón:

—Mis herederos estarían satisfechísimos al ver que yo invertía mi capital en bienes y en hipotecas, pues se imaginan que así la herencia estaría más segura. Aunque no los oigo, adivino lo que dicen, y supongo que vendrá usted de su parte. Sepa usted, señor mío, que mis disposiciones son irrevocables. Mis herederos tendrán el capital de la fortuna que yo traje aquí. Que se den, pues, por advertidos, y que me dejen en paz. Si alguno de ellos se opusiese á algo de lo que yo creo que debo hacer por esta niña, añadió señalando á su ahijada, volvería del otro mundo para atormentarlo. Por lo demás, si don Sabiniano

Portendure espera mi dinero para salir de la cárcel, ¡está fresco! No quiero vender mis rentas.

Al oír esta última parte del discurso de su padrino, Úrsula experimentó tal emoción, que tuvo que apoyar la frente en la persiana y agarrarse á ella para no caer.

—¡Dios mío! ¿qué tiene? exclamó el anciano médico, ¡está lívida! ¡Semejante emoción después de comer podría matarla!

Y esto diciendo, tendió los brazos á Úrsula, la cual cayó en ellos casi desmayada.

—Adiós, caballero, déjeme usted, dijo al notario.

Y transportando á su ahijada á una inmensa poltrona del tiempo de Luis XV que había en su despacho, cogió un frasco de éter de un botiquín y se lo hizo aspirar.

—Sustitúyame usted, amigo mío, dijo el doctor á Bongrand; quiero quedar solo con ella.

El juez de paz acompañó al notario hasta la reja, y le preguntó:

—Pero ¿qué le ha pasado á Úrsula?

—No lo sé, respondió el señor Dionis. Estaba escuchándonos en la puerta, y, cuando *su tío* se negó á prestarme la suma que necesita el joven Portendure, que está preso por deudas, por no tener, como el señor de Rouvre, un señor Bongrand para defenderle, Úrsula palideció y se tambaleó. ¿Le amará, acaso? ¿Habrá entre ellos...?

—¡A los quince años! replicó Bongrand interrumpiendo á Dionis.

—Úrsula ha nacido en febrero de 1814, y cum-

plirá diez y seis años dentro de cuatro meses.

—Pero ¡si no ha visto nunca á su vecino! respondió el juez de paz. No, es una crisis.

—Sí, una crisis del corazón, replicó el notario.

El notario estaba muy satisfecho de este descubrimiento, que había de impedir el temible matrimonio *in extremis* con que el doctor podía burlar á sus herederos, mientras que Bongrand veía desvanecerse sus castillos en el aire, pues hacía ya tiempo que pensaba casar á su hijo con Úrsula.

—Si la pobre niña amase á ese muchacho, sería una desgracia para ella, porque la señora de Portenduere es bretona y está infatuada con su nobleza, respondió el juez de paz después de una pausa.

—Afortunadamente... para el honor de los Portenduere, replicó el notario, que estuvo á punto de dejar adivinar su alegría.

Hagamos al honrado juez de paz la justicia de decir que, mientras volvió de la reja al salón, abandonó, no sin dolor, la esperanza que había acariciado de poder dar algún día á Úrsula el dulce nombre de hija. El señor Bongrand contaba dar á su hijo seis mil francos de renta el día que le nombrasen sustituto, y, si el doctor hubiese querido dotar á Úrsula con cien mil francos, estos dos jóvenes debían ser la perla de los matrimonios, toda vez que su Eugenio era un leal y encantador muchacho. El pobre padre sin duda había alabado demasiado á su hijo, y provenía de aquí la desconfianza del doctor Minoret.

—Dirigiré mis tiros á la hija del alcalde, pensó Bongrand. Pero Úrsula, sin dote, vale más que la señorita Levrault-Cremiere con su millón. Ahora, si Úrsula ama á Portenduere, hay que buscar el medio de casarlos.

Después de haber cerrado la puerta de la biblioteca y la del jardín, el doctor había llevado á su pupila á la ventana que daba á las orillas del río, y le había dicho:

—¿Qué tienes, niña cruel? Tu vida es la mía. Sin tu sonrisa, ¿qué sería de mí?

—¡Sabiniano preso! exclamó Úrsula.

Y dichas estas palabras, un torrente de lágrimas salió de sus ojos.

—¡Está salvada! pensó el anciano, que le tomaba el pulso con la ansiedad de un padre. ¡Infeliz! es sensible como mi pobre mujer, se dijo yendo á buscar un estetoscopio que colocó sobre el corazón de Úrsula, aplicando á él el oído. Vamos, todo va bien, se dijo. Corazón mío, yo no sabía que lo amases ya tanto. Pero, vamos, ábreme el corazón y cuéntame lo que ha pasado entre vosotros.

—Padrino, yo no le amo. ¡Si no nos hemos dicho nunca nada! respondió Úrsula sollozando. Pero ¡saber que ese joven está en la cárcel y que usted, que es tan bueno, se niega á dar lo necesario para sacarlo!

—Úrsula, ángel mío, si no le amas, ¿por qué pusiste un puntito rojo delante del día de san Sabiniano, lo mismo que delante del día de san Dionisio? Vamos, cuéntame los menores detalles de ese asunto.

Úrsula se ruborizó, retuvo las lágrimas, y ahí-

jada y padrino guardaron silencio por algunos instantes.

—¿Temes á tu padre, á tu amigo, á tu madre, á tu médico, á tu padrino, que te ama desde hace unos días mucho más de lo que te amaba?

—Pues bien, padre mío, voy á abrirle mi alma. En el mes de mayo Sabiniano vino á ver á su madre. Hasta entonces yo no me había fijado en él. Cuando se marchó á vivir á París, yo era una niña, y le juro á usted que no veía ninguna diferencia entre un joven y ustedes. Sabiniano llegó en la diligencia la víspera del santo de su madre, sin que nosotros lo supiésemos. A las siete de la mañana, después de haber dicho mis oraciones, al abrir la ventana para airear mi cuarto, veo abiertas las ventanas del cuarto de Sabiniano, y á éste en traje de casa, afeitándose con tal gracia y un no sé qué, que me pareció muy guapo. Se peinó su bigote negro y su mosca, y pude ver su cuello blanco y redondo... ¿Por qué no decírselo? Yo vi que aquel cuello tan fresco y aquella cara y cabellos negros eran muy diferentes de los suyos, cuando le veía afeitándose. Me subió, no sé de dónde, una especie de vapor al corazón, á la garganta y á la cabeza, con tanta violencia, que tuve que sentarme. Temblaba y no podía tenerme en pie. Pero tenía tantos deseos de volver á verle, que me puse de puntillas, y entonces él, por bromear, me mandó un beso con la punta de los dedos, y...

—Y ¿qué?

—Y en seguida me escondí tan avergonzada como contenta, sin saber por qué había de avergonzarme de aquella dicha. Esta sensación, que

me embriagaba el alma, se ha renovado siempre que mi imaginación reproducía su cara, y, á pesar de la violencia de esta emoción, yo me complacía en renovarla con frecuencia. Yendo á misa, una fuerza invencible me inclinó á mirar á Sabiniano, que daba el brazo á su madre; y su paso, su traje, todo, hasta el ruido que producían sus botas en el pavimento, me pareció bonito. La cosa más insignificante, su mano finamente enguantada, ejercía sobre mí un indecible encanto. Sin embargo, tuve fuerza bastante para no pensar en él durante la misa. A la salida me detuve en la iglesia para que la señora de Portenduere fuese delante, á fin de poder así ir detrás de él. No me sería posible explicarle lo mucho que me interesaban estos manejos. Al entrar en casa, cuando me volví para cerrar la reja...

—¿Y la Bougival? dijo el doctor.

—¡Oh! yo la había dejado irse á la cocina, dijo sencillamente Úrsula. Entonces pude ver á Sabiniano plantado en frente de la puerta y contemplándome. ¡Oh! padrino, me sentí tan orgullosa creyendo observar en sus ojos una especie de sorpresa y admiración, que no sé lo que hubiera hecho para proporcionarle una ocasión de mirarme. Me pareció que en lo sucesivo no debía ocuparme más que de agradarle. Su mirada es ahora la más grata recompensa de mis buenas acciones. Desde entonces pienso en él sin cesar y á pesar mío. Sabiniano se marchó por la noche y no he vuelto á verle, y la calle de los Burgueses me pareció vacía. Sin que él mismo lo supiese, al partir se llevó mi corazón.

—Y ¿es eso todo? preguntó el doctor.

—Todo, padrino, dijo Úrsula exhalando un suspiro en el que el pesar de no poder decir más quedaba ahogado por el dolor del momento.

—Hija mía, dijo el doctor sentando á Úrsula en sus rodillas, pronto vas á cumplir diez y seis años, y tu vida de mujer va á empezar. Actualmente estás entre una infancia bendita que cesa y las agitaciones del amor, que te proporcionarán una existencia borrascosa, pues posees un sistema nervioso dotado de exquisita sensibilidad. Lo que sientes es amor, hija mía, dijo el anciano con profunda tristeza, es el amor en su santa sencillez, el amor tal como debe ser: involuntario, rápido, llegado como un ladrón que lo roba todo... sí, todo. Y yo me lo esperaba. He observado muchas mujeres, y sé que si no se apodera de muchas hasta después de muchos testimonios y de muchos milagros de afecto, hay otras que, bajo el imperio explicable hoy por los fluidos magnéticos, quedan vencidas al instante. Hoy ya puedo decirte que desde el momento en que vi á la encantadora mujer que llevaba tu nombre, comprendí que la amaría única y fielmente, sin saber si nuestros caracteres y nuestras personas se convendrían. ¿Posee el amor el dón de segunda vista? Después de haber visto tantas uniones célebres llevadas á cabo bajo los auspicios de un celestial contrato, y rotas más tarde, engendrando odios casi eternos y repulsiones absolutas, no sé qué decirte. Los sentidos pueden, por decirlo así, aprehenderse, y las ideas estar en desacuerdo, y ciertas personas acaso viven más bien para las ideas que para el cuerpo. Otras veces ocurre que los caracteres conge-

nian y las personas se desagradan. Estos dos fenómenos tan diferentes, que explican muchas desgracias, demuestran la sabiduría de las leyes que autorizan á los padres para aprobar ó desaprobar el matrimonio de sus hijos, pues las jóvenes son frecuentemente víctimas de una de estas dos alucinaciones. No vitupero, pues, tu conducta. Las sensaciones que experimentas, y ese movimiento de tu sensibilidad que, partiendo de un centro desconocido aún, agita tu corazón y tu inteligencia, y esa dicha que tú sueñas con Sabiniano, es muy natural. Pero, hija mía adorada, como te ha dicho muchas veces el cura Chaperon, la sociedad exige el sacrificio de muchas inclinaciones naturales. Los destinos del hombre y de la mujer son diferentes. Yo pude escoger á Úrsula Mirouet por mujer y lograr su amor, diciéndole cuánto la amaba; mientras que una mujer no puede solicitar amor de aquel á quien ama sin dejar de ser virtuosa, ya que la mujer no tiene, como nosotros, la facultad de solicitar, y el pudor es en vosotras, y sobre todo en ti, la barrera infranqueable que guarda los secretos de vuestro corazón. Tu duda en confiar-me tus primeras emociones me ha demostrado claramente que sufrirías las más crueles torturas antes de confesar á Sabiniano...

—¡Oh! sí, dijo Úrsula.

—Pero debes hacer aun más, hija mía: debes contener los impulsos de tu corazón y olvidarlos.

—¿Por qué?

—Ángel mío, porque tú sólo debes amor al hombre que ha de ser tu marido; y aunque Sabiniano de Portenduere te amase...

—Aun no había pensado nunca en ello, querido padrino.

—Escúchame: aunque te amase, aunque su madre me pidiese tu mano, yo no consentiría ese matrimonio hasta después de haber sometido á Sabiniano á un largo y maduro examen. Su conducta acaba de hacerlo sospechoso á todas las familias, y ha colocado entre él y los herederos barreras que caerán difícilmente.

Una sonrisa angelical secó las lágrimas de Úrsula, que dijo:

—No hay mal que por bien no venga.

El doctor no supo qué contestar al oír tan sencilla exclamación.

—Pero ¿qué ha hecho, padrino? preguntó Úrsula.

—Ángel mío, en dos años ha adquirido en París más de ciento veinte mil francos de deudas y ha cometido la tontería de dejarse meter en Santa Pelagia, prisión esta que, en los tiempos actuales, desacredita por completo y para siempre al joven que la ha ocupado. Un disipador capaz de sumir á su pobre madre en el dolor y la miseria, hará morir de desesperación á su mujer, como ocurrió con tu pobre padre.

—Y ¿cree usted que podrá corregirse? preguntó la joven.

—Si su madre paga sus deudas, quedará en la miseria, y yo no conozco peor corrección para un noble que quedar sin fortuna.

Esta respuesta dejó pensativa á Úrsula, la cual, después de enjugarse las lágrimas, le dijo á su padrino:

—Si puede usted salvarle, hágalo, ya que este

favor le dará á usted derecho para aconsejarle y hacerle reflexiones.

—Y así, dijo el doctor imitando la manera de hablar de Úrsula, podrá venir aquí, su madre vendrá también, lo veremos, y...

—En este momento no pienso más que en él, respondió Úrsula ruborizándose.

—Pues no, no pienses en él, hija mía; eso es una locura, dijo gravemente el doctor. La señora de Portenduere, una Kergarouet, aunque sólo tenga trescientos francos anuales para vivir, no consentirá nunca en el casamiento del vizconde Sabiniano de Portenduere, sobrino segundo del conde de Portenduere, vicealmirante de la armada del rey, é hijo del vizconde de Portenduere, capitán de navío, con Úrsula Mirouet, hija de un músico de regimiento, sin fortuna, y cuyo padre, ¡ay de mí! era hijo bastardo de un organista, de mi suegro.

—¡Oh! padrino mío, tiene usted razón: nosotros sólo somos iguales ante Dios. No pensaré en él más que en mis oraciones, dijo Úrsula en medio de los sollozos que le arrancó esta revelación. Dele usted á él todo lo que habrá de darme á mí. ¿Qué puede necesitar una joven como yo? ¡Preso él!

—Ofrece á Dios todas tus mortificaciones, y tal vez venga en nuestra ayuda, dijo el anciano doctor.

Durante algunos instantes reinó un profundo silencio. Cuando Úrsula, que no se atrevía á mirar á su padrino, fijó sus ojos en él, su corazón quedó profundamente conmovido al ver que las lágrimas rodaban por sus arrugadas mejillas.

El llanto de los ancianos es tan terrible como el de los niños natural.

—¡Dios mío! ¿qué tiene usted? le dijo Úrsula arrojándose á sus pies y besándole las manos. ¿No tiene usted seguridad en mí?

—Yo, que no deseo otra cosa sinó satisfacer todos tus deseos, me veo obligado á causarte el primer gran dolor de tu vida. En este momento sufro tanto como tú. No he llorado en mi vida más que á la muerte de mis hijos y de mi Úrsula. En fin, haré todo lo que quieras, exclamó el viejo.

En medio de sus lágrimas, Úrsula no pudo menos de sonreír, y dirigió á su padrino una mirada indescriptible.

—Vamos al salón, y procura conservar el secreto de tu amor, hija mía, dijo el anciano dejando sola á su ahijada en el despacho.

Aquel padre se sintió tan débil ante la sonrisa divina de la niña, que estuvo á punto de darle alguna esperanza y de engañarla.

Mientras que ocurría esto en la casa del doctor Minoret, la señora Portendueré, sola con el cura en su fría sala del piso bajo, acababa de contar sus cuitas á este buen sacerdote, su único amigo, y tenía en la mano unas cartas que el abate Chaperon acababa de devolverle, después de haberlas leído, cartas que habían colmado su miseria. Sentada en su poltrona á un lado de una mesa cuadrada en donde se veían los restos de los postres, la anciana dama miraba al cura, el cual, acurrucado en un sofá al otro lado de la mesa, se acariciaba la barba como acostumbran á hacerlo los matemáticos y los sacerdotes, y

que denota alguna meditación acerca de algún problema de difícil resolución.

Aquella salita, iluminada por dos ventanas que daban á la calle, era tan húmeda, que la parte inferior de las paredes dejaba ver en su madera esas hendiduras geométricas que se ven en la madera podrida cuando ya no está cubierta por la pintura. El suelo, rojo y fregado por la única criada de la anciana dama, exigía delante de cada silla la existencia de pequeñas esteras, en una de las cuales apoyaba los pies el cura. Las cortinas, de antiguo damasco verde claro con flores verdes, estaban echadas, así como las persianas. Dos bujías iluminaban la mesa, dejando la habitación en una semiobscuridad. ¿Para qué decir que entre las dos ventanas se veía un retrato al pastel del famoso almirante de Portendueré, rival de los Suffren, de los Kergarouet, de los Guichen y de los Simeuse? Enfrente de la chimenea se veían los retratos del vizconde de Portendueré y de la madre de la dama, una Kergarouet Ploegat. Sabiniano era, pues, sobrino segundo del vicealmirante de Kergarouet y primo del conde de Portendueré, nieto del almirante, personas ambas muy ricas. El vicealmirante de Kergarouet vivía en París, y el conde de Portendueré habitaba el castillo de este nombre, situado en el delphinado. Su primo, el conde, representaba la rama mayor, y Sabiniano era el único vástago del Portendueré menor. El conde, que contaba á la sazón cuarenta años, y que estaba casado con una mujer muy rica, tenía tres hijos. Su fortuna, aumentada con varias herencias, ascendía, según se decía, á sesenta mil

francos de renta. Diputado por Isera, el noble conde pasaba los inviernos en París, donde había rescatado el palacio de Portenduere con las indemnizaciones que le valió la ley Villele. El vicealmirante de Kergarouet se había casado recientemente con su sobrina, la señorita de Fontaine, con el único objeto de asegurarle su fortuna. Las faltas del vizconde debían, pues, de hacerle perder dos valiosas protecciones. Sabiniano, joven, guapo y despejado, acaso hubiese sido, á los veintitrés años, teniente de navío, gracias á la influencia de sus parientes, si hubiese entrado en la marina; pero su madre, contraria á que su hijo único se dedicase á la carrera de las armas, lo había hecho educar en Nemours por un vicario del abate Chaperon, y se preciaba de poder conservar á su hijo á su lado hasta la hora de su muerte. La anciana aspiraba á casar á su hijo con la señorita de Aiglemont, joven que poseía doce mil francos de renta, y á cuya mano creía que le daban derecho su nombre de Portenduere y su quinta de Bordieres. Estos proyectos modestos, pero sabios, habrían podido levantar á la familia á la segunda generación, si los acontecimientos no hubieran venido á echarlos por tierra. Los de Aiglemont estaban entonces arruinados, y una de sus hijas, la mayor, Elena, había desaparecido sin que la familia se explicase ese misterio. El aburrimiento de una vida sin aire, sin salida, sin acción y sin más alimento que el amor de los hijos por sus madres, cansó de tal modo á Sabiniano, que éste rompió sus cadenas y juró no vivir nunca en provincias, comprendiendo algo tarde que su porvenir no

estaba en la calle de los Burgueses. A los veintiún años dejó, pues, á su madre para ir á darse á conocer á sus parientes y para probar fortuna en París. Para un joven de veintiún años, libre, ávido de placeres y al que el nombre de Portenduere y su parentesco abrían todos los salones, debía ofrecer un funesto contraste la vida de Nemours comparada con la de París. Seguro de que su madre conservaba las economías de veinte años guardadas en algún escondite, Sabiniano no tardó en gastar los seis mil francos que ésta le había dado para que fuese á ver París. Esta suma no bastó para sufragar los gastos de los seis primeros meses, al cabo de los cuales debía ya otro tanto al fondista, al sastre, al zapatero, al cochero, al joyero y á todos los comerciantes que contribuyen al lujo de los jóvenes. Apenas había logrado darse á conocer y apenas supo hablar, presentarse, llevar los chalecos, encargar sus trajes y ponerse la corbata, cuando ya tenía treinta mil francos de deudas y procuraba aun adquirir un porte bastante elegante para declarar su amor á la señora de Serizy, hermana del marqués de Ronquerolles, mujer elegante, pero cuya juventud había brillado bajo el imperio.

—¿Cómo os habéis arreglado vosotros? preguntó un día Sabiniano, al final de un almuerzo, á algunos pisaverdes, con los que se relacionaba como se relacionan hoy los jóvenes cuyas pretensiones en todo tienen un mismo objeto. Vosotros no erais más ricos que yo, y os mantenéis y marcháis sin cuidados, mientras que yo ya tengo deudas.

—Todos hemos empezado por ahí, le dijeron

Rastignac, Luciano de Rubempré, Máximo de Trailles y Emilio Blondet, que eran los petimetres de la época.

—Si de Marsay se encontró rico al estrenarse en la vida, fué por una casualidad, dijo el anfitrión, un advenedizo llamado Finot que intentaba rozarse con estos jóvenes; y si no hubiese sido por él mismo, añadió saludando á de Marsay, su fortuna tal vez le hubiese perdido.

—Justamente, dijo Máximo de Trailles.

—Eso mismo, replicó Rastignac.

—Querido mío, dijo gravemente de Marsay á Sabiniano, las deudas son la comandita de la experiencia. Una buena educación universitaria con profesores de todas clases, que no le enseñan á uno nada, cuesta sesenta mil francos. Si la educación que le da á uno el mundo cuesta el doble, en cambio nos enseña á conocer la vida, los negocios, la política, los hombres y á veces las mujeres.

Blondet acabó esta lección recitando este verso de La Fontaine:

¡El mundo vende caro lo que parece dar!

En lugar de reflexionar acerca de los sensatos consejos que le daban los más hábiles pilotos del mar Egeo parisiense, Sabiniano no vió en ellos más que chanzas.

—Tenga usted cuidado, hermoso mío, le dijo de Marsay. Lleva usted un hermoso nombre, y si no adquiere usted la fortuna que éste exige, podría acabar sus días de sargento en algún regimiento de caballería;

¡Cabezas más ilustres hemos visto caer!

añadió declamando este verso de Corneille al mismo tiempo que tomaba del brazo á Sabiniano. Pronto hará diez meses que vino aquí un joven conde de Esgrignon, que no vivió más que dos años en el paraíso del gran mundo. ¡Ay de mí! no duró más que lo que dura un cohete. Logró elevarse hasta la duquesa de Maufrigneuse, y descendió luego á su villa natal, donde expía sus faltas entre un anciano padre acatarrado y una partida de *wisth* de á diez céntimos la ficha. Confiese usted franca y sencillamente su situación á la señora de Serizy, y acaso ella le sea á usted útil; mientras que si sigue usted ocultando su situación, acabará por arruinarle.

Sabiniano, que era aun demasiado joven y pundonoroso, no se atrevió á confesar el estado de su fortuna á la señora de Serizy. La señora de Portenduere, en un momento en que su hijo no sabía ya lo que hacer, envió los veinte mil francos únicos que poseía á Sabiniano el cual, instruido por sus amigos en la balística de las astucias que los hijos lanzan y dirigen contra las cajas pater-nas, le hablaba en una carta de letras que pagar y de la deshonra que suponía el hecho de permitir que protestasen su firma. Con éstos socorros pudo llegar hasta el final del primer año. Durante el segundo, liado ya seriamente con la señora de Serizy, que estaba enamorada de él, acudió al peligroso recurso de los usureros. Un diputado amigo suyo y de su primo de Portenduere, llamado Lupeaulx, le indicó en un día de angustia que se dirigiera á Gobseck, á Gigonnet